

nidad de ningún género en su enseñanza, dando de aquella manera sus lecciones en los jardines, con la ambición única de provocar en aquellas tiernas almas el buen humor del canto fraternal y abrirlas á la belleza, sin nubes, de la armonía. Según decía ella, la ciudad feliz, el día de la justicia y de la paz, cantará toda bajo el sol.

—Vamos, queridos míos, otra vez y con cuidado, no os apresuréis, tenemos tiempo.

Y el canto se elevó de nuevo. Pero hacia el final del trozo se produjo una interrupción. Detrás de los castaños, en un macizo de arbustos, apareció un hombre que volvía la espalda y quería ocultarse. Pero Lucas le había reconocido: era Boisgelin, y experimentó gran sorpresa cuando le vió inclinarse, escuchar con sus ojos por entre las hierbas, como si buscara algún escondrijo, un agujero ignorado. Luego creyó comprender: el pobre hombre debía, en su locura, de andar en busca del rincón oculto, donde poder amontonar sus riquezas incalculables, para que no se las robasen. Con frecuencia se le encontraba así, temblando de miedo, sin saber en el fondo de qué abismo enterrar la fortuna excesiva, el peso de la cual le aplastaba. Lucas sintió entonces un estremecimiento de lástima, sobre todo cuando vió á los niños temerosos, ante la poco tranquilizadora aparición, como un bando de alegres pinzones á quienes el vuelo agitado de un ave nocturna dispersa.

Susana, un tanto pálida, repitió en alta voz:

—¡Con cuidado! ¡con cuidado! ¡queridos míos! Entonad la frase final con todo vuestro corazón.

Boisgelin, desconfiado, huraño, había desaparecido como una sombra negra entre los arbustos floridos. Después que los niños, tranquilos, saludaron al sol soberano con un último grito de alegría, Lucas y Susana les felicitaron, les hicieron volver á sus juegos. Una vez solos, los dos se dirigieron hacia los talleres de aprendizaje, al otro lado del jardín.

—¿Le ha visto usted?—dijo ella muy bajo, después de un rato.—¡Ah! ¡desgraciado! ¡qué inquieta me tiene!

Y como Lucas manifestase pesar por no haber al-

canzado á Boisgelin para conducirlo á su casa, exclamó ella de nuevo:

—No hubiera ido con usted. Habría sido preciso tocar, un escándalo. Le repito que mi único temor es que lo encontremos cualquier día destrozado en el fondo de algún hoyo.

Volvieron á guardar silencio y llegaron á los talleres de aprendizaje. Muchos alumnos venían allí á pasar una parte del tiempo de recreo, cepillando madera, limando hierro, cosiendo ó bordando, mientras otros, dueños de un terreno próximo, se ocupaban en cavar, en sembrar ó escardar. Encontraron á Josina en un salón, en el cual funcionaban unas al lado de otras, las máquinas de coser, los telares de hacer punto y tejidos, dirigidos por niños y niñas; porque también al dejar la Escuela los sexos seguían juntos, la vida común continuaba, participando de iguales trabajos, y los placeres, deberes y derechos, igual que habían participado de iguales estudios. Oíanse allí cánticos, una emulación alegre animaba aquel taller de aprendizaje.

—¿Oye usted? cantan—dijo Susana dominada de nuevo por la alegría.—Y cantarán siempre, son pájaros canoros.

Josina enseñaba á una muchacha alta de dieciséis años, Clementina Bourron, cómo era preciso manejar una máquina de coser para conseguir un punto de bordado. Y otra muchacha más pequeña, de nueve años, Alina Boisgelin, esperaba que la enseñase de qué manera se asentaba á mano una costura. Clementina, que era la hija de Sebastián Bourron y de Agueda Fauchard, tenía por abuelo materno á Fauchard el sacador y por abuelo paterno á Bourron el pudelador. Alina, la hermana menor de Luis, hija de Pablo Boisgelin y de Antonieta Bonnaire, se rió cariñosa, cuando vió á su abuela Susana, que la adoraba.

—¡Ah! sabes, abuelita, todavía no soy capaz de asentar estas costuras, pero ya las hago muy derechas. ¿No es verdad, amiga Josina?

Susana la besó, después miró cómo Josina asentaba un remate de costura á guisa de modelo. El propio Lucas se interesaba con aquellos trabajos menudos,

convencido de que nada hay que sea indiferente, que la vida feliz es obra del empleo feliz de las horas, del ser utilizado por entero, mediante el empleo de todas sus energías físicas é intelectuales, en vivir lógica y normalmente toda la vida. Y habiéndose unido á ellos Scœurette cuando dejaba á Josina y á Susana para dirigirse á la fábrica, encontróse un instante en el jardín florido con las tres mujeres, las tres almas apasionadas y devotas que tan poderosamente le ayudaban á realizar su sueño de bondad y de justicia.

Conversaron aún, á la sombra, distribuyéndose la tarea, examinando las situaciones que debían tomarse. Si su pequeño mundo avanzaba con tanta gallardía, sin demasiados tropiezos, dando una cosecha tan hermosa de buenos resultados, era gracias al principio de los educadores, de los maestros, según el cual, no hay pasiones malas en el sér humano. Sólo hay energías, porque las pasiones son todas fuerzas admirables, y únicamente se trataba de utilizarlas para la felicidad de los individuos y de la comunidad. Es que el deseo, condenado por las religiones, el deseo, que reglas de ascetismo se han esforzado por destruir, como una mala bestia, el deseo batido, aplastado, en el hombre y en la mujer, victorioso á pesar de todo, es la llama viva del mundo, la palanca que impulsa los astros, la vida en marcha cuya desaparición extinguía el sol, invadiendo de nuevo la tierra con las heladas finieblas de la nada. No hay concupiscentes, no hay sino corazones de fuego que sueñan con lo infinito, en el placer del amor. No hay hombre colérico, hombre avaro, hombre mentiroso, glotón, perezoso, envidioso, orgulloso, sólo hay hombres en quienes no se ha sabido dirigir sus fuerzas interiores, las energías desarregladas, las necesidades de acción, de lucha, de victoria. Con un avaro, se hace un sér prudente, económico. Con un exaltado, un envidioso, un orgulloso, se hace un héroe, que se dará todo él por un poco de gloria. Mutilar en el hombre una pasión, es como si le cortase un miembro; no está ya completo, se ha hecho de él un enfermo, se le ha quitado algo de su sangre, de su potencia. Maravilla es que la humanidad haya podido vivir bajo esas re-

mortíferas que hace tanto tiempo se empeñan en matar al hombre en el hombre, queriendo llevarlo hacia un dios de la crueldad y de la mentira, cuyo reino no se asentará sino sobre polvo humano.

En la escuela, en los talleres de aprendizaje, y desde los primeros pasos ya, desde los pueriles juegos de los Asilos maternales, se utilizan las pasiones pacientes de la niñez, en vez de suprimirlas. Si los perezosos eran cuidados como enfermos en quienes se trataba de despertar la emulación y la voluntad, haciéndoles dedicarse á los estudios por ellos libremente elegidos, comprendidos y queridos, se empleaba la fuerza de los violentos en los trabajos más duros; se obtenía de los avaros el provecho de la lógica y del método, y de los envidiosos, de los orgullosos, beneficios admirables de vasta inteligencia, triunfantes en las tareas menos cómodas. Lo que una moral de restricción hipócrita ha llamado los más bajos instintos del hombre, convertirse así en el foco ardiente de donde la vida tomaba su llama inextinguible. Todas las fuerzas vivas en sus puestos, toda la creación se regulaba según su orden soberano, y llevaba, rebosando, la corriente de los seres, y conducía á la humanidad hacia la ciudad feliz. En lugar de la imbécil representación del pecado original, del hombre malo á quien un Dios ilógico castiga y debe salvar á cada paso, entre la amenaza de un infierno infantil, y la promesa de un paraíso engañoso, sólo habrá la evolución natural de una especie de seres superiores, sencillamente en lucha contra las fuerzas de la naturaleza, á las que vencerán, á las que someterán para su felicidad, el día en que habiendo dado fin á su guerra fratricida, vivan como hermanos omnipotentes, después de haber conquistado la verdad, la justicia y la paz.

—Está muy bien—dijo Lucas, luego que hubo repartido el trabajo del día con Josina, Scœurette y Susana.—Váyanse, amigas mías, que su buena voluntad haga el resto.

Las tres le rodeaban, como la emancipación misma de la afectuosa solidaridad de amor universal que el genio difundió entre los hombres. Se habían cogido de las manos y sonreían, ellas, viejas ya, con sus ca-

bellos blancos, muy amables, muy bellas aún, con una belleza extraordinaria de infinita bondad. Y cuando él las dejaba, para dirigirse á la fábrica, ellas le siguieron largo tiempo con ojos cariñosos.

En la fábrica, los talleres se habían ampliado más, en medio de la sana alegría del sol, del aire libre que los inundaban. Por todas partes las aguas frescas, corrientes, lavaban las losas de cemento, arrastrando hasta el polvo; de suerte que, la casa del trabajo, antes tan negra, tan fangosa, tan mal oliente, relucía ahora limpia por todas partes. Bajo los enormes techos de cristales, cabía creerse dentro de una ciudad de orden, de placer y de riqueza. Las máquinas venían á hacer ya casi toda la labor. Movidas por la electricidad, soberbias, alineadas, como un ejército de obreros dóciles, infatigables, estaban sin cesar dispuestas á realizar su esfuerzo. Si al fin sus brazos de metal acababan por gastarse, se les reemplazaba sencillamente; é ignoraban el dolor que, en parte, además habían suprimido en el hombre. Era, en suma, aquella la máquina amiga, no la de los comienzos, competencia que agravaba el hambre del obrero haciendo bajar el salario, sino la máquina libertadora, convertida en el útil universal que trabaja por el hombre, mientras éste descansa. No había allí, alrededor de aquellas sólidas trabajadoras, más que conductores, vigilantes, cuya única tarea consistía en manejar la palanca con que se la pone en marcha, y en cuidar de que funcionaran bien los mecanismos. La jornada no pasaba de cuatro horas, y jamás ningún obrero ejecutaba una tarea durante más de dos, pues le substituía un compañero, y él pasaba á otro trabajo, arte industrial, cultura ó función pública. Como el empleo general de la fuerza eléctrica suprime casi el antiguo estrépito que llenaba los talleres, se animaban estos con el cántico de los trabajadores, el canto alegre que traían de las escuelas, como una florecencia harmoniosa que embellecía su vida entera. Y aquellos hombres que cantaban alrededor de aquellas máquinas tan suaves y tan fuertes en su silencio, en el brillo de sus aceros y de sus cobres, expresaban el placer del trabajo justo, glorioso y salvador.

Lucas, al pasar por el taller de los homios de pudelar, se detuvo un momento para hablar con un robusto joven de unos veinte años, que tenía á su exclusivo cargo la dirección de uno de los hornos.

—Muy bien, Adolfo, esto marcha, ¿está usted satisfecho?

—Sin duda, señor Lucas. Terminó mi tarea de dos horas, y la bola está en sazón para ser retirada del horno.

Adolfo era el hijo de Augusto Laboque y de Marta Bourron. Pero, no tenía como en otro tiempo su abuelo materno, el pudelador Bourron, hoy retirado, que hacer la terrible operación del braceaje, con la bola de metal en fusión, hecha, ascuas, auxiliado por el espetón, ante las llamas. Tal operación se hacía mecánicamente, y hasta por un sistema ingenioso salía la bola brillante, se cargaba en el carrillo que la conducía bajo el martillo cinglador, sin necesidad de la intervención del obrero.

Adolfo añadió con satisfacción: —Va usted á ver; la calidad es superior, y este trabajo, ¡es tan sencillo!

Había bajado una palanca, se desenganchó algo, se abrió una puerta que dejó deslizarse hasta el carrillo la bola, semejante á un astro que alumbrara el horizonte con un reguero luminoso. Y él siempre sonriente, la frente fresca, sin una gota de sudor, los músculos flexibles y finos, como hombre á quien la fatiga excesiva no ha deformado. El carrillo había ido ya á descargar su peso bajo el martillo cinglador de modelo reciente, movido por la electricidad, y que también ejecutaba toda la tarea sin que el herrero encargado de conducirla tuviera que romperse los brazos volviendo y revolviendo el mazo en todos sentidos. El movimiento era tan fácil, tan sencillo, que venía á ser como una música que acompañaba al buen humor de los obreros.

—Me marcho—añadió Adolfo, después de haberselo lavado las manos.—Necesito terminar un modelo de mesa que me interesa mucho, y me voy dos horas á los talleres de carpintería.

En efecto, era carpintero á la vez que pudelador,

pues había aprendido varios oficios, como todos los jóvenes de su edad, á fin de no embrutecerse en una especialidad exclusiva. El trabajo, con la variedad y la renovación constante, se convertía en una distracción, en un placer.

—¡Qué usted se divierta!—le dijo sencillamente Lucas, alegre en su gozo.

Pero donde Lucas pasaba varios minutos felices en las mañanas de visita, era en el departamento de hornos de crisoles. Cuán lejos se encontraba del antiguo infierno, de los hornos de crisoles del Abismo, con sus pozos ardientes gruñendo como volcanes, de donde los miserables obreros, en medio de una reverberación como de incendio, debían retirar con sus brazos cien libras de metal en fusión! En lugar de la sala negra, llena de polvo, inmunda, extendíase amplia galería por cuyas grandes vidrieras penetraba el sol, pavimentada con anchas losas, entre las cuales se abrieron las baterías de hornos simétricos. El empleo de la electricidad, los mantenía fríos, silenciosos, claros, limpios. Y allí también las máquinas hacían toda la tarea, bajaban los crisoles, los elevaban, en brasas, los volcaban en los moldes, bajo la simple vigilancia de los obreros conductores. También mujeres estaban allí dedicadas á la distribución de fuerza eléctrica, porque se había advertido en ellas mayor cuidado y exactitud para el manejo de los aparatos de precisión.

—¿Qué tal, Laura—preguntó Lucas,—no está usted cansada?

—¡Oh, no, señor Lucas, esto me divierte! ¿Cómo quiere que me canse por dar vueltas á este volante tan pequeño?

El obrero Hipólito Mataine, de veintitrés años no cumplidos, se había aproximado. Era hijo de Evaristo Mataine y de Olimpia Lenfant, y se decía que era novio de Laura Fauchard.

—Señor Lucas—dijo,—si usted quiere ver fundir lingotes, estamos preparados.

Puesta en marcha, la máquina, con su facilidad tranquila, sacaba los crisoles incandescentes y los vertía en las ángoteras, que un mecanismo acercaba por turno. En cinco minutos, mientras los obreros miraban,

la operación quedaba perfectamente despachada, y el horno en disposición de recibir una nueva carga.

—¡Y eso es todo!—decía Laura riendo con su graciosa risa.—Cuando pienso en las terribles historias con que mi pobre abuelo Fauchard ha mecido mi infancia... Jamás tenía la cabeza firme, y contaba cosas que hacían temblar, acerca su antiguo oficio de arrancador; no parecía sino que había pasado toda su vida en el fuego, con el vientre y los miembros comidos por las llamas. Todos los viejos nos consideran ahora muy felices.

—Es cierto. Los abuelos han sufrido mucho. Y á eso se debe que los nietos tengan una vida mejor. Es preciso que trabajéis y que os améis los unos á los otros; la vida aún será mejor para vuestros hijos y vuestras hijas.

Y Lucas continuó su visita, y á donde quiera que se dirigía, en los diferentes talleres, en el del modelado de acero, en el de la gran forja, en el de los grandes y pequeños hornos, encontraba la misma limpieza saludable, la misma alegría encantadora, el mismo trabajo fácil y divertido, gracias á la diversidad de las tareas y al auxilio soberano de las máquinas. El obrero, que ya no era bestia de carga aplastada, despreciada, se convertía en reflexivo é inteligente, para siempre libre y glorioso. Cuando Lucas terminó su paseo matutino, por el taller de los laminadores, al lado de los hornos de pudelar, detúvose de nuevo para hablar amigablemente con un muchacho de unos veintiséis años, Alejandro Feuillat, que á la sazón llegaba.

—Sí, señor Lucas, vengo de Combettes, donde ayudo á mi padre. Teníamos que acabar de sembrar una tierra y he estado allí dos horas. Ahora voy á trabajar aquí otras dos horas, porque hay un pedido de railes urgente.

Era el hijo de León Feuillat y de Eugenia Yvonnot. Muchacho de imaginación viva, se entretenía, después de sus cuatro horas reglamentarias de trabajo, en hacer dibujos de adorno para los talleres del alfarero Lange.

Se había puesto ya á la obra, vigilando un gran fuego de laminadores que construía los railes. Lucas, benévolo, feliz, miraba. Desde que se empleaba la fuerza eléctrica, el estrépito terrible de los laminadores había desaparecido, funcionaban con una suavidad pastosa, produciendo tan sólo el ruido argentino del rail que saltaba, al juntarse á los otros railes que se estaban enfriando. Era aquello la hermosa producción incesante de las épocas de paz, railes y más railes, para que todas las fronteras se franqueasen, y para que los pueblos, cada vez más juntos, formaran un sólo pueblo, sobre la tierra cruzada de caminos; grandes navíos de acero, no los abominables buques de guerra, que llevan la devastación y la muerte, sino los buques de la solidaridad, de la fraternidad, cambiando los productos de los continentes, multiplicando la riqueza de la familia humana para conseguir la abundancia. Los puentes que facilitan también las comunicaciones, las vigas y las armaduras metálicas para los innumerables monumentos que los ciudadanos reconciliados necesitaban para la vida pública, las Casas Comunes, las Bibliotecas, los Museos, los Asilos de protección y de refugio, los Almacenes generales inmensos, los depósitos y los graneros capaces de contener la vida y el alimento de las naciones federadas. Y por fin, las innumerables máquinas, que en todas partes y para toda clase de trabajos reemplazaban á los brazos del hombre, las que trabajaban en los talleres, las que sin cesar rodaban por las calles, por las olas y por los aires. Y Lucas sentíase satisfecho, alegre, ante todo aquel hierro, hecho pacífico, aquel metal de conquista, del cual la humanidad durante tanto tiempo no había sacado más que espadas, para sus luchas sangrientas, con el cual más tarde había hecho cañones y granadas, en las épocas de sus últimas carnicerías, y con el que construía su casa de fraternidad de justicia, de felicidad, después que la paz había sido conquistada.

Antes de volverse, Lucas quiso dar una última ojeada á la batería de los hornos eléctricos, que había substituído al horno alto de Morfain. La batería funcionaba bajo el techo de vidrio, inundada por los rayos del

sol. Cada cinco minutos el mecanismo cargaba los hornos, después que la acera móvil se llevaba los diez lingotes, cuyas llamas palidecían bajo la clara luz del astro. Había allí también dos muchachas vigilando los aparatos eléctricos, de veinte años cada una. Una de ellas rubia, de un rubio delicioso, era Claudina, hija de Luciano Bonnaire y de Luisa Mazelle, y la otra, de hermosos cabellos negros, era Celina, hija de Arsenio Lenfant y de Eulalia Laboque. Atentas á establecer é interrumpir la corriente, sólo pudieron sonreír á Lucas. Pero vino un descanso y se adelantaron, al ver todo un grupo de niños que se detenía con manifiesta curiosidad á la entrada del cobertizo.

—¡Buenos días, Mauricio! ¡Buenos días, Luisito! ¡Buenos días, querida Alina! ¿Han terminado las clases, que venís á vernos?

Consentían, en efecto, á los escolares, á manera de recreo, recorrer libremente la fábrica, con la idea de que se familiarizasen con el trabajo, y de paso adquiriesen las primeras nociones de las cosas.

Lucas, á quien alegró ver á su nieto Mauricio, hizo que todo el grupo entrase. Y respondió á todas las preguntas; explicó el mecanismo de los hornos, y hasta hizo que funcionaran los aparatos para que vieran los niños cómo bastaba que Claudina ó Celina movieran una palanca para fundir el metal y hacerlo salir en chorro deslumbrador.

—¡Oh! yo ya sabía eso, ya lo había visto—dijo Mauricio, dándose aire de hombrecillo, á quien sus nueve años habían enseñado muchas cosas.—Mi abuelo Morfain, una vez, me lo enseñó todo. Pero abuelo Froment, dime, ¿es verdad que antes había hornos altos como montañas, y que era preciso estar quemándose el cuerpo día y noche para sacar de ellos algo?

Todos se echaron á reír, y Claudina respondió:

—Es muy cierto. El abuelo Bonnaire me lo ha contado muchas veces, y tú, mi querido Mauricio, deberías conocer la historia, pues tu bisabuelo, el gran Morfain, como todavía se le llama, ha sido el último héroe que ha luchado con el fuego. Vivía allá arriba, en un agujero entre las rocas; jamás bajaba al pueblo; tenía que cuidar todo el año de su horno gigan-

te, el monstruo; las ruinas del cual se ven aún, en la ladera de la montaña, como una torre que recuerda tiempos antiguos.

Mauricio, con los ojos abiertos, admirado, escuchaba con el interés apasionado de un niño á quien se le relata algún prodigioso cuento de hadas.

—¡Oh! Lo sé, lo sé. Mi abuelo Morfain nos ha dicho todo eso de su padre y del horno alto como una montaña. Pero yo creía que inventaba todo eso para entretenernos, porque inventa otras cosas cuando quiere hacernos reír. ¿Es que son verdad?

—Claro, son verdad—continuó Claudina.—Había en lo alto obreros que cargaban el horno, vertiendo en él carretadas de mineral y de carbón, y abajo, otros obreros que cuidaban constantemente de que el monstruo no tuviera una indigestión, lo cual impediría que la operación saliese bien.

—Y—añadió á su vez Celina, la otra joven,—eso duraba siete ú ocho años. Durante esos siete ú ocho años el monstruo ardía, entre llamas, siempre como un cráter, sin que se pudiera dejarle enfriar ni un momento, pues sería esto una pérdida muy grande; sería preciso abrirle el vientre, limpiarlo, reconstruirlo casi de nuevo.

—Ahora—añadió todavía Claudina,—querido Mauricio, ya comprenderás por qué el gran Morfain, tu bisabuelo, tenía necesidad de no dejar ese fuego de siete ó de ocho años; era su tarea, esto sin contar con que, cada cinco horas, era preciso abrir á golpes con el espetón la piqueta para vaciar el crisol de metal fundido, un verdadero arroyo de llamas, el calor del cual os tostaba como un pato en el asador.

De pronto, los tres niños, estupefactos hasta entonces, se echaron á reír á carcajadas. ¡Oh! el pato asado; ¡el gran Morfain que se tostaba como un pato!

—¡Pues menuda broma sería trabajar en aquel tiempo! ¡Y cuántas fatigas costaría!—dijo Ludovico Boisgelin.

—No cabe duda—contestó su hermana Alina;—yo prefiero haber nacido más tarde; ¡es tan divertido trabajar hoy!

Pero Mauricio se había vuelto á poner serio, y con

aire reflexivo, rumiaba en sus adentros aquellas cosas increíbles que le contaban. Por fin, dijo:

—De todos modos, bien fuerte debió de haber sido el padre del abuelo, y si hoy anda mejor la cosa, consiste, tal vez, en los muchos trabajos que habrán pasado en otros tiempos.

A Lucas, que hasta aquel instante se había contentado con escuchar y sonreír, le encantó tan buen pensamiento, y cogiendo á Mauricio lo levantó en alto y besándole en ambos carrillos, dijo:

—¡Tienes razón, pillastre! Es lo mismo que si tú ahora trabajas con toda tu alma; tus tataranietos serán todavía más felices por ti. Y lo estás viendo; ya no nos asamos como si fuéramos patos.

Dió una orden, y la batería de los hornos eléctricos funcionó de nuevo. Claudina y Celina, con un simple ademán, producían ó interrumpían la corriente. Los hornos quedaban cargados, la fusión se verificaba, y la plaza móvil recibía é iba llevándose las diez barras de candente metal. Los niños quisieron, ellos solos, poner la maquinaria en movimiento, y ¡qué alegría! aquel trabajo tan fácil, después del cuento, legendario ya, de los trabajos de Morfain, que parecían ser los de algún dolorido gigante penando en un mundo desaparecido.

Pero surgió una aparición, y los escolares que estaban de paseo huyeron asustados. Lucas vió otra vez á Boisgelin en pie, junto á una puerta del cobertizo, fiscalizando y vigilando el trabajo con la mirada suspicaz y airada del amo, siempre intranquilo y temeroso de que sus hombres le roben. En esta misma forma se le solía encontrar á menudo en cualquier parte de la fábrica, desesperado por no poder inspeccionar á un tiempo toda aquella inmensidad; cada vez más loco con la idea de los millones que perdía diariamente, y sin conseguir jamás aquilatar por sí mismo la tarea de aquel pueblo, que le ganaba miles de millones.

Aquello era demasiada gente; él no podía verlos á todos, y sentía que sucumbía en esta buena administración de su desmentida fortuna, cuyo peso le agobiaba como si el cielo se le desplomase sobre la ca-

beza. Tan descompuesto estaba, tan exhausto por haber recorrido inútilmente los talleres de los trabajadores, él, que jamás había hecho cosa alguna con sus manos, que Lucas, movido por gran compasión, quiso esta vez alcanzarle para procurar sosegarle y llevarle tranquilamente á casa. Pero Boisgelin estaba sobre aviso; dió un salto atrás y á la carrera desapareció en dirección á los grandes almacenes.

Lucas, terminado el paseo de la mañana, volvió á su casa. Desde que su ciudad se iba ensanchando sin término, no podía visitarla toda, y paseaba por sus numerosos barrios tan sólo á manera de creador en reposo y feliz al ver su creación multiplicarse por sí sola é invadir paso á paso toda aquella llanura. Por la tarde, y no sin haber vuelto á echar un vistazo á los Almacenes Generales, entró, al oscurecer, en casa de los Jordán á pasar una hora. En el salón pequeño, con salida al Parque, encontró á Scurette con Hermelline y Marle, en tanto que Jordán, tendido sobre un canapé y envuelto en una manta, soñaba, según costumbre, contemplando en el horizonte la puesta del sol. Hacía poco que el amable doctor Novarre había sido arrebatado en horas por la muerte, en medio de las rosas de su jardín y con el solo sentimiento de no vivir lo bastante para presenciar la realización de tantas cosas hermosas, de las que en un principio no estaba del todo convencido. Scurette, por lo tanto, no recibía más que al maestro y al cura, y eso de tarde en tarde, cuando ambos, arrancados por antiquísima costumbre, venían á reunirse á su casa. Hermelline, con sus setenta años y jubilado, concluía la vida en estado de horrible amargura y creciente encono contra todo lo que á su vista corría. Hasta había llegado á encontrar tibio en sus ideas al cura, que le llevaba cinco años y que se encerraba en una tristeza digna y en un silencio cada vez más altivo, mientras más veía que se vaciaba su iglesia y que se moría su Dios.

Precisamente, al sentirse Lucas junto á la amable, callada y paciente Scurette, el maestro acababa de volver á sus antiguas acusaciones de republicano sectario y autoritario, y la tomaba con el sacerdote.

— ¡Ea, ea, cura! Ya que digo lo mismo que usted,

ayúdeme. Ha llegado el fin del mundo, con esos niños en que se cultivan las pasiones que nosotros, los educadores, teníamos por misión aplastar en otros tiempos. ¿Cómo quieren que el Estado tenga ciudadanos disciplinados, educados, para servirle, cuando en ellos se da rienda suelta á la individualidad anárquica? Si nosotros, que somos hombres de método y razón, no salvamos á la República, se perdió para siempre.

Empeñado en salvar á la República, de los que él llamaba socialistas y anarquistas, se había pasado al campo reaccionario, y unido con el sacerdote, en su odio hacia todo lo que se emancipaba sin su ayuda y fuera de su estrecha fórmula de testarudo jacobino.

Y prosiguió con mayor vehemencia:

— Ya se lo digo, cura; van á arrasar la iglesia, si ustedes no la defienden. Es cierto que su religión jamás ha sido la mía, pero he reconocido siempre que una religión era necesaria para el pueblo, y que el catolicismo era una admirable máquina de gobernar. Obrad, pues; henos aquí con vosotros, y después ya nos entenderemos, cuando juntos hayamos vuelto á conquistar las almas y los cuerpos.

El abate Marle, al principio, no hizo más que mover la cabeza; ya ni contestaba ni se incomodaba, y por último, dijo con su lenta voz:

— Yo cumplo con mi deber; cada mañana estoy al pie del altar, aunque vea vacía mi iglesia, é imploro un milagro de la bondad de Dios. El lo hará, seguramente, si es que lo juzga necesario.

Esto acabó de exasperar al maestro.

— Déjese de cuentos; tienen ustedes que ayudar á nuestro Dios, y obrar de otro modo es una cobardía.

Scurette, sonriente y llena de indulgencia para con esos, que serían los vencidos de mañana, creyó que debía intervenir.

— Si todavía estuviere con nosotros el buen doctor, os suplicaría que hicieseis porque vuestro acuerdo no llegase hasta tal punto, ya que, entendiéndoos, se empeoran vuestras disensiones. Me afligen ustedes, amigos míos, y hubiese sido muy feliz si hubiese podido, ya que no convertiros á nuestras ideas, oiros al